

# El libro de Daniel - Número ciento setenta

## *La ciudadela del alma: comprender la entronización divina y la transformación en el contexto profético*

Jeff Pippenger  
2024-03-31

La clave para identificar a Rusia como la potencia que inició la guerra ucraniana en 2014 es la «fortaleza», que es la cabeza, o la capital del reino. El templo humano consta de la cabeza y del cuerpo. La cabeza es la naturaleza superior, y el cuerpo es la naturaleza inferior. Los «siete tiempos» que terminaron en 1844 debían entonces unirse con Jerusalén, que era la cabeza de Judá. En el templo de Jerusalén se hallaba el trono del rey, que es la cabeza de Jerusalén, la cual era la cabeza de Judá. La combinación de la Divinidad con la humanidad, que representa el sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil, se presenta como la recepción de la «mente de Cristo». La mente es la naturaleza superior, y por lo tanto es la «cabeza».

Cuando aquellos representados por Daniel ven la visión causativa femenina que los hace transformarse a la imagen de Cristo, han recibido la mente de Cristo, quien es el segundo Adán y es espiritual. En ese momento, su mente carnal literal, que heredaron del primer Adán después de que cayó e invirtió el orden de su creación, es crucificada. La mente carnal que lucha contra la ley de Dios, que recibieron sin elección propia al nacer, es reemplazada por la mente de Cristo, que reciben por su propia elección, y que es perfectamente obediente a la ley de Dios. Su nueva mente y la mente de Cristo llegan entonces a ser una sola mente, y ambas residen juntas en el trono en los lugares celestiales. Hay un lugar dentro del templo donde se encuentra el trono de Dios, y los seres humanos, que fueron creados a imagen de Dios, tienen un lugar específico dentro del templo, diseñado para la presencia de Dios.

Ese lugar no está en su naturaleza inferior, representada por el reino del norte. Está en el lugar representado por el reino del sur, que es donde Dios escogió poner Su nombre, que es Su carácter. El lugar está en Jerusalén, y como capital de Judá, Jerusalén es la cabeza; pero la cabeza de la capital es el rey. Y Jerusalén fue elegida para ser la capital, pero también fue elegida como el lugar donde Dios pondría Su templo. Luego, en Su templo colocó Su trono. El reino del sur representa la naturaleza superior del hombre, pero también tiene una sala del trono especial para el rey. La hermana White llama a ese lugar la "ciudadela" del alma. Una ciudadela, por definición, es una fortaleza.

"Todo el corazón ha de darse a Dios; de lo contrario, la verdad de Dios no tendrá un efecto santificador sobre la vida y el carácter. Pero es un hecho triste que muchos que profesan el nombre de Cristo nunca le han entregado su corazón con sencillez. Nunca han experimentado la contrición de una entrega total a las exigencias del cristianismo, y la consecuencia es que el poder transformador de la verdad no está en sus vidas; la profunda influencia ablandadora del amor de Cristo no se manifiesta en la vida y el carácter. ¡Pero qué obra de apacentar el rebaño de Dios podría realizarse si los subpastores estuvieran crucificados con Cristo y vivieran para

Dios, a fin de cooperar con el Pastor principal del rebaño! Cristo llama a los hombres a trabajar como él trabajó. Se necesita un testimonio más profundo, más fuerte y más apremiante acerca del poder de la verdad, tal como se ve en la piedad práctica de quienes profesan creer en ella. El amor del Salvador en el alma conducirá a un cambio decidido en la manera en que los obreros trabajan por las almas de los que perecen. Cuando la verdad ocupa la ciudadela del alma, Cristo es entronizado en el corazón, y el agente humano puede entonces decir: 'Estoy crucificado con Cristo; no obstante, vivo; pero no yo, sino que Cristo vive en mí; y la vida que ahora vivo en la carne la vivo por la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí.'"  
Review and Herald, 9 de octubre de 1894.

La «ciudadela del alma» es donde «Cristo está entronizado». El entronizamiento de Cristo se lleva a cabo cuando la carne es crucificada, y la carne, según la definición de Pablo, es la naturaleza inferior, y es el reino del norte. Esta es la razón por la cual la profecía del reino del norte solo llegó hasta 1798. La naturaleza inferior no puede combinarse con la Divinidad; debe ser transformada en un abrir y cerrar de ojos en la segunda venida. El reino del sur, que contenía la «cabeza», que era Jerusalén, y la «cabeza», que era el santuario, llegó hasta 1844, pues representaba la naturaleza superior que podía escoger crucificar la carne y por fe entrar en la ciudadela del Lugar Santísimo, y sentarse sobre el trono con Cristo. El lugar donde esa unión, y ese entronizamiento, tienen lugar es en la ciudadela del templo humano. El versículo diez del capítulo once define la cabeza como la fortaleza, pero esa verdad solo se establece con el testimonio de Isaías, que exige que la verdad concerniente a la fortaleza (ciudadela) sea entendida en sus aplicaciones externa e interna.

La palabra de Dios ha de ser nuestro alimento espiritual. "Yo soy el pan de vida", dijo Cristo; "el que viene a mí no tendrá hambre jamás; y el que cree en mí no tendrá sed jamás". El mundo perece por falta de verdad pura, sin adulterar. Cristo es la verdad. Sus palabras son verdad, y tienen un significado más profundo del que aparece en la superficie, y un valor más allá de su apariencia sencilla. Las mentes vivificadas por el Espíritu Santo discernirán el valor de estas palabras. Cuando nuestros ojos sean ungidos con el santo colirio, podremos detectar las preciosas gemas de la verdad, aunque estén enterradas bajo la superficie.

La verdad es delicada, refinada, elevada. Cuando moldea el carácter, el alma crece bajo su influencia divina. Cada día la verdad debe ser recibida en el corazón. Así nos alimentamos de las palabras de Cristo, que él declara ser espíritu y vida. La aceptación de la verdad hará de todo el que la reciba un hijo de Dios, heredero del cielo. La verdad que se atesora en el corazón no es una letra fría y muerta, sino un poder vivo.

La verdad es sagrada, divina. Es más fuerte y más poderosa que cualquier otra cosa en la formación de un carácter a la semejanza de Cristo. En ella hay plenitud de gozo. Cuando se la atesora en el corazón, se prefiere el amor de Cristo al amor de cualquier ser humano. Esto es el cristianismo. Este es el amor de Dios en el alma. Así, la verdad pura, no adulterada, ocupa la ciudadela del ser. Se cumplen las palabras: "También os daré un corazón nuevo, y pondré dentro de vosotros un espíritu nuevo". Hay una nobleza en la vida de quien vive y trabaja bajo la influencia vivificante de la verdad. Review and Herald, 14 de febrero de 1899.

Esa visión de la historia profética en Daniel capítulo once comienza cuando el versículo dos, y el sexto y más rico presidente, se alinean con la cabeza, que es Rusia en los versículos once al quince. En esa historia, el sexto presidente llegará a ser el octavo, que es de entre los siete, y reinará cuando la iglesia y el Estado en los Estados Unidos se unan, y consumen su fornicación impía en el versículo dieciséis, en la ley dominical de pronta venida.

El estandarte que entonces ha de ser levantado será frustrado y morirá por un período de tres días y medio, que en Daniel diez son veintiún días. Al concluir los veintiún días de luto por Daniel, que es la conclusión de los tres días y medio de muerte en la calle para los dos testigos, quienes son aquellos del valle de Ezequiel, que son huesos secos y muertos, hay un mensaje profético que devuelve a los muertos a la vida. Ese proceso, en Daniel capítulo diez, está representado por tres pasos.

Y a los veinticuatro días del primer mes, estando yo a la orilla del gran río, que es Hiddekel; entonces alcé mis ojos y miré, y he aquí cierto varón vestido de lino, cuyos lomos estaban ceñidos con oro fino de Uphaz. Su cuerpo era también como el berilo, y su rostro como el aspecto del relámpago, y sus ojos como lámparas de fuego, y sus brazos y sus pies semejantes en color a bronce bruñido, y la voz de sus palabras como la voz de una multitud. Y yo, Daniel, vi solo la visión; porque los hombres que estaban conmigo no vieron la visión; sino que cayó sobre ellos un gran temblor, y huyeron para esconderse. Quedé, pues, yo solo, y vi esta gran visión, y no quedé fuerza en mí; porque mi esplendor se me convirtió en corrupción, y no retuve fuerza alguna. Con todo, oí la voz de sus palabras; y cuando oí la voz de sus palabras, caí en profundo sueño sobre mi rostro, con mi rostro hacia la tierra. Y he aquí, una mano me tocó, la cual me puso sobre mis rodillas y sobre las palmas de mis manos. Y me dijo: Oh Daniel, varón muy amado, entiende las palabras que te hablo y ponte en pie; porque a ti he sido enviado ahora. Y cuando me habló esta palabra, me puse en pie temblando. Entonces me dijo: No temas, Daniel; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón para entender, y para humillarte delante de tu Dios, tus palabras fueron oídas, y a causa de tus palabras he venido. Mas el príncipe del reino de Persia se me opuso veintiún días; pero he aquí Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme, y yo quedé allí con los reyes de Persia. Ahora he venido para hacerte entender lo que ha de acontecer a tu pueblo en los postreros días; porque la visión es todavía para muchos días. Daniel 10:4-14.

Daniel está al término de los veintiún días de luto cuando tiene la visión de Cristo y oye las palabras de Cristo. La visión de la Palabra de Dios, tanto vista como oída, produce una separación entre dos clases, y Daniel quedó como muerto en la calle, pues estaba "en un sueño profundo".

Estas cosas dijo; y después de esto les dijo: Nuestro amigo Lázaro duerme; pero voy para despertarlo del sueño. Entonces sus discípulos dijeron: Señor, si duerme, sanará. Sin embargo, Jesús hablaba de su muerte; pero ellos pensaron que hablaba del descanso del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto. Juan 11:11-14.

Entonces Daniel fue tocado por Gabriel por primera vez, quien le informó de la lucha política que había estado ocurriendo mientras Daniel estaba muerto (dormido), y que ahora iba a proporcionar la interpretación de la visión que acababa de transformar a Daniel en la imagen de Cristo. Luego

será tocado por segunda vez, por el propio Cristo.

Y cuando me hubo dicho tales palabras, incliné mi rostro a tierra y enmudecí. Y he aquí, uno con semejanza de los hijos de los hombres tocó mis labios; entonces abrí mi boca y hablé, y dije al que estaba delante de mí: Oh, señor mío, por la visión me sobrevinieron dolores, y no me quedó fuerza. Porque, ¿cómo podrá el siervo de este mi señor hablar con este mi señor? Pues en mí, al instante, no quedó fuerza alguna, ni quedó aliento en mí. Daniel 10:15-17.

Esto es paralelo a la primera profecía de Ezequiel en el capítulo treinta y siete, porque en las dos profecías que se le dice a Ezequiel que presente a los huesos muertos en el valle, la primera forma los cuerpos, pero entonces no tienen aliento, ni tienen la fuerza de un ejército poderoso. Es en la segunda profecía de Ezequiel cuando los cuerpos reciben el aliento de los cuatro vientos y se levantan como un ejército poderoso, y al ser Daniel tocado por segunda vez, "no quedó fuerza en mí, ni queda aliento en mí". Luego Daniel vuelve a ser tocado por tercera vez en total, y por segunda vez por Gabriel.

Entonces volvió y me tocó uno con apariencia de hombre, y me fortaleció, y dijo: Oh hombre muy amado, no temas; la paz sea contigo; sé fuerte; sí, sé fuerte. Y cuando me habló, me fortalecí y dije: Hable mi señor, porque me has fortalecido. Daniel 10:18, 19.

El tercer toque de Daniel es la segunda profecía de Ezequiel, que hace que los cuerpos se pongan en pie como un poderoso ejército. Su profecía está dirigida a un pueblo que reconoce que está muerto, pues estaba de luto, como lo estaba Daniel.

Entonces me dijo: Profetiza al viento, profetiza, hijo de hombre, y di al viento: Así dice el Señor Dios: Ven de los cuatro vientos, oh aliento, y sopla sobre estos muertos, para que vivan. Así profeticé como él me lo mandó, y el aliento entró en ellos, y vivieron, y se pusieron en pie, un ejército grande en extremo. Luego me dijo: Hijo de hombre, estos huesos son toda la casa de Israel: he aquí, ellos dicen: Nuestros huesos se han secado, y se ha perdido nuestra esperanza; hemos sido cortados por completo. Ezequiel 37:9-11.

El Señor ordena a Ezequiel que profetice, y les dice que el testimonio de la casa de Israel es que están muertos, sin esperanza y apartados. Están de luto, como lo estaba Daniel, porque están decepcionados por la predicción fallida del 18 de julio de 2020, y en esa condición a Ezequiel se le dice que profetice.

Por tanto, profetiza y diles: Así dice el Señor Dios: He aquí, pueblo mío, abriré vuestros sepulcros y os haré subir de vuestros sepulcros, y os llevaré a la tierra de Israel. Y sabréis que yo soy el Señor, cuando haya abierto vuestros sepulcros, pueblo mío, y os haya hecho subir de vuestros sepulcros; y pondré mi espíritu en vosotros, y viviréis, y os pondré en vuestra propia tierra; entonces sabréis que yo, el Señor, lo he hablado y lo he hecho, dice el Señor. Ezequiel 37:12-14.

El Señor, que es Miguel el arcángel, abre sus sepulcros; y los dos testigos de Apocalipsis 11 son entonces resucitados, reciben el Espíritu Santo y se ponen en pie, tal como el Espíritu Santo fue dado a los que se ponen en pie cuando son sacados de sus sepulcros en la segunda profecía de

Ezequiel.

Y después de tres días y medio, el Espíritu de vida procedente de Dios entró en ellos, y se pusieron sobre sus pies; y gran temor cayó sobre los que los vieron. Apocalipsis 11:11.

Esos dos testigos son representados como Moisés y Elías, y Moisés también fue resucitado por la voz del arcángel.

Pero el arcángel Miguel, cuando contendía con el diablo y disputaba acerca del cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda. Judas 1:9.

Miguel, el príncipe y el arcángel, es el que vino y ayudó a Gabriel en el capítulo diez de Daniel, y es su voz la que llama a hombres y mujeres a la vida.

Porque el Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios; y los muertos en Cristo resucitarán primero. 1 Tesalonicenses 4:16.

Los tres toques de Daniel representan la transición del movimiento laodicense del tercer ángel al movimiento filadelfiano del tercer ángel, y en Daniel diez, la visión que lleva a cabo la transición de la imagen de Laodicea a la imagen de Filadelfia, está representada por la historia profética presentada en el capítulo once. Esa visión es representada por Ezequiel como la visión del islam del tercer ay. En 2014, Rusia inició la segunda guerra subsidiaria. En 2015, el presidente más rico comenzó sus esfuerzos por llegar a ser el sexto presidente.

En 2020, ese presidente, que representaba el cuerno republicano, fue muerto por la bestia atea "woke" del abismo sin fondo, y en el mismo año también fue muerto el cuerno protestante laodicense. En 2023, ambos cuernos volvieron a la vida, iniciando ambos su transición hacia el octavo que es de los siete: uno pasando a la imagen política de la bestia a medida que la Iglesia y el Estado se unen en los Estados Unidos, y el otro cuerno pasando de la imagen de Laodicea a la imagen de Cristo. Ambos serán levantados cuando, en breve, llegue la ley dominical. Uno se convertirá en "Alejandro Magno", el rey principal de los diez reyes que entregan su séptimo reino a la ramera de Roma, y el otro será levantado como estandarte.

La visión que produce estas dos transiciones es la historia que se desarrolla entre el 11 de septiembre de 2001 y la ley dominical. El versículo once del capítulo once de Daniel se identifica específicamente en el contexto de que si no creen, no serán establecidos.

Continuaremos este estudio en el próximo artículo.

Las normas bíblicas han de ser la guía de la vida diaria. La cruz de Cristo ha de ser el tema, revelando las lecciones que debemos aprender y practicar. Cristo debe ser incorporado en todos los estudios, para que los estudiantes se nutran del conocimiento de Dios y lo representen en su carácter. Su excelencia ha de ser nuestro estudio tanto en el tiempo como en la eternidad. La palabra de Dios, pronunciada por Cristo en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, es el pan del cielo; pero mucho de lo que se llama ciencia es como manjares de invención humana, alimento adulterado; no es el verdadero maná.

En la palabra de Dios se halla una sabiduría incuestionable, inagotable, una sabiduría que se originó, no en lo finito, sino en la mente infinita. Pero gran parte de lo que Dios ha revelado en su palabra es oscuro para los hombres, porque las joyas de la verdad están sepultadas bajo los escombros de la sabiduría y la tradición humanas. Para muchos, los tesoros de la palabra permanecen ocultos, porque no los han buscado con perseverancia sincera hasta comprender los preceptos de oro. La palabra debe escudriñarse para purificar y preparar a quienes la reciben, para que lleguen a ser miembros de la familia real, hijos del Rey celestial.

El estudio de la palabra de Dios debería ocupar el lugar del estudio de aquellos libros que han conducido a las mentes al misticismo y las han apartado de la verdad. Sus principios vivos, entretejidos en nuestras vidas, serán nuestra salvaguardia en pruebas y tentaciones; su instrucción divina es el único camino al éxito. A medida que la prueba llega a cada alma, habrá apostasías. Algunos se mostrarán traidores, temerarios, altivos y autosuficientes, y se apartarán de la verdad, haciendo naufragar la fe. ¿Por qué? Porque no vivieron 'de toda palabra que sale de la boca de Dios'. No cavaron hondo ni aseguraron su fundamento.

"Cuando les llegan las palabras del Señor por medio de Sus mensajeros escogidos, murmuran y piensan que el camino se ha hecho demasiado estrecho. En el capítulo sexto de Juan leemos de algunos que eran tenidos por discípulos de Cristo, pero que, cuando se les presentó la verdad sencilla, se disgustaron y ya no anduvieron más con Él. De igual manera, estos estudiantes superficiales también se apartarán de Cristo." Testimonios, volumen 6, 132.